



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

**Misa de Navidad
- 25 de diciembre de 2020 –
Caracol Televisión**

Saludo Inicial

Queridos hermanos y hermanas, ¡feliz Navidad!

A todos ustedes que están conectados desde todas las partes de Colombia por TV Caracol, les renuevo el gozoso anuncio de Belén: «*Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad*» (Lc 2,14).

Sí, ¡Gloria a Dios a pesar de todas las dificultades, temores y dolores de esta Pandemia que vivimos, porque sigue siendo motivo de gran alegría el nacimiento de Jesús! Jesús ha venido a encontrarnos, está en medio de nosotros y estará con nosotros hasta el fin de los tiempos!

Este es el mensaje universal de esperanza que nos trae la Navidad: Dios es un Padre bueno y hoy nos ha dado un signo maravilloso de su amor «*Un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre*» (Lc 2,12).

Como nos decía hace unos días el Papa Francisco, en este tiempo de sufrimiento y de incerteza a causa de la pandemia, la presencia de Dios en el niño recién nacido en Belén, indefenso, humilde y pobre, nos libra del sentido de fracaso, de impotencia y de pesimismo que llevamos dentro, y nos descubre el verdadero significado de la existencia humana y de la historia, porque Jesús se revela como luz que disipa las tinieblas y nos abre el horizonte de la alegría y de la esperanza.

En silencio, queremos arrodillarnos y adorarlo espiritualmente en esta Misa de Navidad, trayendo a nuestra oración la memoria de todos nuestros seres queridos que no están ya entre nosotros, especialmente los que nos han dejado a causa del COVID-19; la memoria de aquellos que amamos profundamente pero este año no podemos abrazar como queríamos.



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

Homilía

En el seno de la madre Iglesia, en la nochebuena, a pesar de la Pandemia que nos circunda, ha resonado en todo el mundo un canto de alegría porque nos ha nacido un Salvador. Su nombre es Jesús, que significa “Dios salva”. El Padre, Amor eterno e infinito, lo envió al mundo no para condenarlo, sino para salvarlo, como nos dice el Evangelista San Juan, al presentarnos el Dialogo entre Jesús y Nicodemo, que vino a encontrarlo de noche (cf. *Jn 3,17*).

El Papa Francisco nos recuerda permanentemente esta gran verdad: el Padre nos dio a Jesús, con inmensa misericordia. Lo entregó para todos. Lo dio para siempre. Y Él nació, como pequeña llama encendida en la oscuridad y en el frío de la noche.

Ese Niño, nacido de la Virgen María, es la Palabra de Dios, hecha carne, como proclama San Juan, en el Prólogo de su Evangelio, que acabamos de leer. Es la Palabra que orientó el corazón y los pasos de Abrahán hacia la tierra prometida, y que sigue atrayendo en toda época a quienes confían en las promesas de Dios. Es la Palabra que guio a los hebreos en el camino de la esclavitud a la libertad, y continúa llamando a los esclavos de todos los tiempos, también hoy, a salir de sus prisiones materiales o espirituales.

Hoy, también en esta Navidad tan peculiar, Dios hacer oír con fuerza su Palabra. Nos habla por medio de su Hijo (cfr. *Heb. 1,1-6*). Esa Palabra, es más luminosa que el sol, aunque se manifiesta encarnada en un pequeño Hijo del Hombre, el niño Jesús. Él es Luz y vida de los hombres que caminan en medio de las tinieblas de este mundo. Él es el fundamento de nuestra esperanza.

El Papa Francisco en su mensaje *Urbi et Orbi* de la Navidad pasada, como si hubiera intuido lo que se nos venía encima, sostenía nuestra esperanza reconociendo que *¡Sí, hay tinieblas a nuestro alrededor, en el mundo!* No podría ser de otro modo porque hay tinieblas en nuestros corazones humanos. Sin embargo, nos advertía enfáticamente que *¡más grande es la luz de Cristo! ¡Hay tinieblas en las relaciones personales, familiares, sociales, pero más grande es la luz de Cristo! ¡Hay tinieblas en los conflictos económicos, geopolíticos y ecológicos, pero más grande es la luz de Cristo!*

Hoy, la liturgia de la Navidad nos anuncia que esa *Luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, como dice San Juan, es Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre. Él es la fuente de nuestra esperanza de creyentes, una esperanza enraizada en lo profundo de nuestro corazón que sabe distinguir los signos del amor de Dios y que es independiente de las circunstancias concretas y de los condicionamientos históricos en los cuales vivimos.



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

De este Niño, que lleva grabados en su rostro los rasgos de la bondad, de la misericordia y del amor de Dios Padre, brota para todos nosotros, sus discípulos, como enseña el apóstol Pablo, el compromiso audaz de «renunciar a la impiedad» y a las riquezas del mundo, para vivir una vida «sobria, justa y piadosa» (Tt 2,12) delante de Dios.

Sí, el Papa Francisco nos dice que “*la esperanza es audaz, sabe mirar más allá de la comodidad personal, de las pequeñas seguridades y compensaciones que estrechan el horizonte, para abrirse a grandes ideales que hacen la vida más bella y digna*” (cfr. *Fratelli tutti*, n. 55).

Unidos al Santo Padre, elevemos hoy una oración fraterna, una oración esperanzada, implorando de las manos de Dios los dones de la bondad y de la solidaridad, que curen nuestros corazones heridos por el egoísmo y la tristeza que dominan nuestro mundo:

¡Que Cristo sea luz para tantos niños que sufren el conflicto armado y la violencia! ¡Que sea consuelo de todas las víctimas! ¡Que fortalezca las conciencias de los hombres de buena voluntad que aman la paz!

¡Que inspire hoy a nuestros gobernantes para encontrar soluciones que garanticen la seguridad y la convivencia pacífica de todos los ciudadanos!

¡Que sea apoyo y sostén de nuestro pueblo, para de este modo poder salir de la crisis actual y descubrir nuevamente el gozo de una armoniosa convivencia social!

¡Que bendiga los esfuerzos de cuantos se están prodigando para favorecer la justicia y la reconciliación, y se desvelan para superar las diversas crisis y las numerosas formas de pobreza que ofenden la dignidad de nuestros hermanos!

¡Que el Emmanuel – el Dios con nosotros – sea nuestra luz!

¡Que ablande nuestro corazón, a menudo endurecido y egoísta! ¡Que, a imitación de San Francisco, nos haga instrumentos de su amor!

¡Que, a través de nuestros pobres rostros, regale su sonrisa a los niños de nuestra Patria, especialmente a los abandonados y a los que han sufrido a causa de la violencia!

¡Que, a través de nuestros brazos débiles, vista a los pobres que no tienen con qué cubrirse, dé el pan a los hambrientos, cure a los enfermos!

¡Que, por nuestra frágil compañía, esté cerca de las personas ancianas y solas, de los migrantes y de los marginados!

*¡Que, en este día de fiesta, conceda su ternura a todos, e ilumine las tinieblas de nuestro mundo!
¡Amén!*



NUNCIATURA APOSTÓLICA EN COLOMBIA

Saludo final

En nombre del Papa Francisco, antes de impartir su bendición, quiero expresarles, una vez más, mi deseo de feliz Navidad, que es un *deseo de fraternidad*:

- Fraternidad entre personas de diferente estrato social y cultura.
- Fraternidad entre personas con ideas diferentes, pero capaces de respetarse y de escuchar al otro.
- Fraternidad entre personas de diversas religiones y convicciones.

Jesús ha venido a revelar el rostro de Dios a todos aquellos que lo buscan, sin distinción alguna.

Con Jesús nuestras diferencias no son un daño o un peligro, son una riqueza. La experiencia de la familia nos lo enseña: siendo hermanos y hermanas, somos distintos unos de otros, y no siempre estamos de acuerdo, pero hay un vínculo indisoluble que nos une: ¡el amor de Dios por todos nosotros!

¡Que en esta Navidad redescubramos los nexos de fraternidad que nos unen como habitantes de esta bendita tierra colombiana!
